


DE COSAS ... DE LA VIDA





ANTOLOGÍA DE JOSÉ MIGUEL OVIEDO



LITERATURA. MADRID: ALIANZA EDITORIAL, 1992

1. "LA LEYENDA DE LA TATUANA". MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS (1899-1974)

2. "VIAJE A LA SEMILLA". ALEJO CARPENTIER (1904-1980)

3. "CANGREJOS, GOLONDRINAS". JOSÉ LEZAMA LIMA (1910-1976)

4. "BIENVENIDO, BOB" Y "EL INFIERNO TAN TEMIDO".

JUAN CARLOS ONETTI (1909-1994)

5. "CASA TOMADA" Y "LA AUTOPISTA DEL SUR". JULIO CORTÁZAR (1914-1984)

6. "NO OYES LADRAR PERROS". JUAN RULFO (1918-1986)

7. "DOS CARTAS". JOSÉ DONOSO (1924)

8. "LA MUÑECA REINA". CARLOS FUENTES (1928-)

9. "UN DÍA DE ESTOS" Y "UN SEÑOR MUY VIEJO CON UNAS ALAS ENORMES".

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ (1928-)

10. "DÍA DOMINGO". MARIO VARGAS LLOSA (1936-)

11. "CINE PRADO". ELENA PONIATOWSKA (1933-)

12. "EL VIENTO DISTANTE". JOSÉ EMILIO PACHECO (1939-)

13. "CON JIMMY, EN PARACAS".

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE (1939-)

14. "LA MUÑECA MENOR".

ROSARIO FERRÉ (1942-)

15. "COCORA". ÁLVARO MUTIS (1923-)

* Oviedo, José Miguel. "2. La gran síntesis y después". En: *Antología crítica del cuento hispanoamericano del siglo XX*: (1920-1980).



Ricardo Arturo Peñuela Ordóñez

El cargo más alto de Bogotá

Don Pablo E. Murcia estaba pensativo, pues su hijo había decidido formarse para ser un caballero de Dios en el Seminario Pío Latino de Roma. Don Pablo esperaba que su hijo lo reemplazara en los altos cargos del gobierno; que al igual que él fuera Tesorero General de la nación, y confiaba en que hasta presidente podría llegar a ser. Lo anterior por la educación que había recibido y el roce social que el dinero podía pagar. No obstante, en lugar de estudiar derecho, ingeniería o arquitectura en la Universidad Real de Milán, había escogido llevar una vida de servicio y humildad.

Además don Pablo estaba afligido porque Carlos, el hijo de su Némesis el Ministro de Agricultura, empezaba su carrera lanzándose al Concejo de Bogotá y tenía asegurada la curul gracias a la promesa de un conocido empresario y los votos de sus empleados, de la cervecería más poderosa del país en ese entonces, dueña absoluta de los tristes destinos de las familias habitantes de los populares barrios de la Perseverancia y

Egipto. A esto se sumaba el hijo de su amigo y compañero de escoceses del Jockey Club, Pachito Saín, a quien le habían conseguido un puesto de corbata, pero muy cercano al Presidente, como Consejero Presidencial para la Ética y Moral Juvenil.

¿Cómo darle solución a su dilema?, ¿qué cargo debía conseguirle a su hijo, puesto que no era ni ingeniero ni abogado? y ¿qué puesto digno y a la altura de su ser y sus congéneres podría ocupar? Ya que cambió los cócteles y tertulias del club con los Holguín, los Zaldua y los García, por los convidados de los Guachetá, los Apraez y los Garnica al tono de un buen sudado de gallina. Frente a estos interrogantes, el señor Murcia se acordó de un 'favorcillo' hecho al Arzobispo por unos impuestos de tipo personal, e inmediatamente dijo: "ya sé quién me lo puede ubicar".

Don Pablo pidió una audiencia con el señor Arzobispo, y este último lo recibió; creía que se trataba del tema de la obra del cerro de Guadalupe. Sin embargo, el tema puesto por don Pablo fue la solicitud del cargo más alto de la Arquidiócesis, para que le fuera asignado a su hijo recién llegado, el padre Jorge. El señor Arzobispo

lo miró con asombro, “¿el puesto más alto?” El Arzobispo pensó en el caso de los hermanos discípulos de Jesús, para quienes la mamá había pedido los puestos de la derecha y la izquierda en el Reino de los Cielos. Un silencio los dejó a los dos pensativos. “El cargo más alto... ¿será el de Arzobispo?, ¿qué le pasará a Don Pablo?” —pensó el Arzobispo. El silencio se rompió con una pregunta de éste, “explíqueme bien lo que me quiere pedir”. “Sí su Excelencia, como le digo: el puesto más alto de la curia, el de capellán del cerro de Guadalupe, pues como usted sabe estamos adelantando la obra de reconstrucción de la iglesia que fue destruida en el terremoto pasado, y es bueno contar con la ayuda de un sacerdote para orientar el desarrollo de la obra” —anotó don Pablo. La risa no dejó seguir hablando a Don Pablo, y el Arzobispo respirando profundo y riendo dejó salir un: “claro que sí, ese es el oficio que puedo darle al padrecito, para que

entrene en el ejercicio físico y promueva espiritualmente a los bogotanos para la magna obra del cerro tutelar”.

No se sabe quién descansó más, si el pobre Arzobispo que se alcanzó a sentir sin saber qué hacer, o Don Pablo quien logró lo que quería para su curita.

Y así fue como empezó su carrera el sacerdote que llegaría a Monseñor y quien transformó ese templo de tono rústico y simple del cerro de Guadalupe, en la única iglesia que sirve de base a tan grande representación de la Virgen en el mundo, o por lo menos en Colombia.

Monseñor Jorge Murcia Riaño, Caballero de Dios, dedicó su vida a la juventud bogotana y hoy en día se encuentra en proceso de beatificación, para lo cual fue designado como biógrafo a otro gran Caballero, el padre Juan Guillermo García Álvarez, a quien agradezco no solo el haberme contado esta historia, sino las grandes enseñanzas de obra y vida de los Caballeros de Dios.

Augusto Monterroso

Fecundidad

Hoy me siento bien, un Balzac; estoy terminando esta línea.

Arthur Walley

Una nostalgia

Al avanzar hacia el patíbulo, Li Su dirigió estas palabras a su hijo:
—Ah, si estuviéramos en Shangts'ai, cazando liebres con nuestro perro blanco.

Franz Kafka

Transeúntes

Cuando se sale a caminar de noche por una calle, y un hombre, visible desde muy lejos —porque la calle es empinada y hay luna llena—, corre hacia nosotros, no lo detenemos, ni siquiera si es débil y andrajoso ni siquiera si alguien corre detrás de él gritando; lo dejamos pasar.

Porque es de noche, y no es culpa nuestra que la calle sea empinada y la luna llena; además, tal vez esos dos organizaron una cacería para entretenerse, tal vez huyen de un tercero, tal vez el primero es perseguido a pesar de su inocencia, tal vez el segundo quiere matarle, y no queremos ser cómplices de un crimen, tal vez ninguno de los dos sabe nada del otro, y se dirigen corriendo por su cuenta hacia la calma, tal vez son noctámbulos, tal vez el primero lleva armas.

Y finalmente, de todos modos, ¿no podemos acaso estar cansados, no hemos bebido tanto vino? Nos alegramos de haber perdido de vista también al segundo.

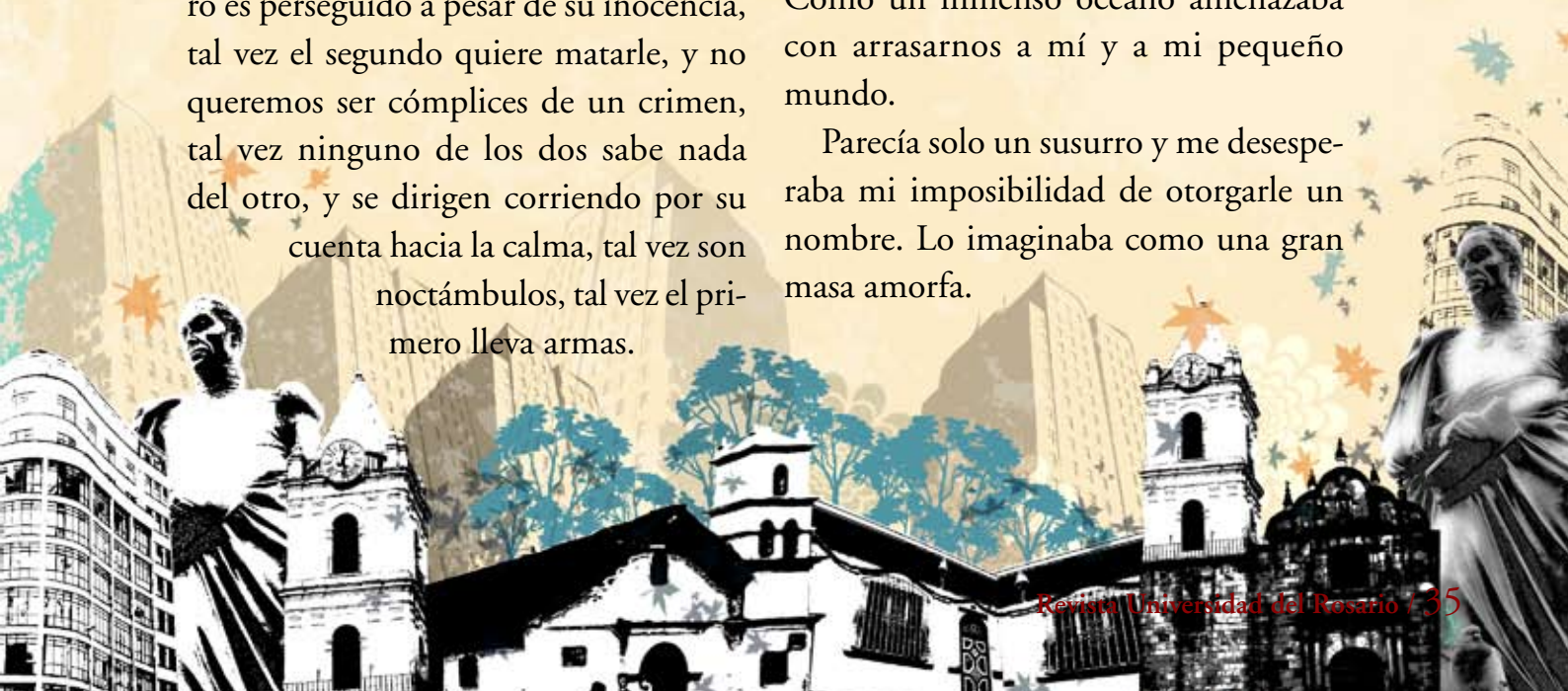
Magaly Rocío Pabón Robayo

Esa masa amorfa

Pruebo un poco de torta mojada en vino, agridulce, que me recuerda aquel día blanco y beatífico.

No podía yo vislumbrar más allá de esa atmósfera clerical un algo indescifrable para mi mente niña. No obstante, ese algo subyacía a todo, lo abarcaba todo. Como un inmenso océano amenazaba con arrasarnos a mí y a mi pequeño mundo.

Parecía solo un susurro y me desesperaba mi imposibilidad de otorgarle un nombre. Lo imaginaba como una gran masa amorfa.



La presentía en las oscuras calles de mi barrio, en los pasos que parecían seguirme y desaparecían tan pronto volteaba. La presentía en los trajes oscuros, los gritos de las cantinas, las tardes grises y la lluvia pertinaz, en los silencios de mis padres, los suspiros de la noche, los suaves pasos de las monjas y en las malas caras en la iglesia.

Sentía malestar... ¿por qué ese algo in-nominado parecía ahogar la dulce alegría de mi infancia? No lo entendía.

Y ese algo llegó... Un día miraba por la ventana al horizonte. Sí, lo recuerdo bien. Mi infancia acabó. Una turba arremolinada. La violencia apenas comenzaba.

Mark Twain

Gemelos

Éramos gemelos mi hermano Billy y yo, hasta que un día, en la tina, se ahogó uno de los dos. Y desde entonces no he sabido nunca si el muerto era Billy o era yo.

Sergio Flores

Prejuicios útiles

Ahmed Raad Talib se preparaba para hacer su oración del Maghrib, cuando la puerta voló por los aires. La soledad bulliciosa de su nueva casa en Belalcázar, en la que no se sentía tan cómodo, fue interrumpida por el trotar de las botas de los equipos especiales y los gases lacrimógenos.

El señor Ahmed extrañaba su carpa en Allahabad; pero no podía negarse a la complacencia de su hijo Abu Talib, que no escatimó esfuerzos para reunir el dinero suficiente y comprarle a su padre una casa con un gran jardín en donde pudiera cultivar berenjenas, como él siempre había soñado.

Abu Talib trabajaba y estudiaba de sol a sol en Madrid, para que su padre tuviera todo lo que necesitara y fuera feliz, como la ley de Alá lo ordena. Aunque no estuvieran juntos, para él, su padre era su héroe. Él le enseñó todo lo que sabía, le había inculcado la importancia de su origen, del que estaba muy orgulloso. Aunque, después de lo que había pasado en marzo, defender ese origen le traía muchos problemas.

Abu siempre le contaba a todo el mundo las hazañas de su padre: de cómo salieron de su aldea cuando un Marine la destruyó por equivocación, lanzando bombas a diestra y siniestra. Ya el señor Ahmed estaba muy viejo y era el turno de que el hijo viera por su padre, tarea que Abu estaba cumpliendo de muy buen agrado. Ese día sin nada más que hacer y con la desesperación típica de la senectud recién adquirida, el señor Ahmed llamó a su hijo para decirle que agradecía su esfuerzo por comprarle la casa que él quería, pero que ésta era demasiado grande para él solo y que su vejez le impedía arar la tierra para cultivar sus berenjenas.

—Tienes razón Padre –contestó Abu– con voz algo temerosa, veré qué puedo hacer, pero sabes que desde acá no puedo voltear la tierra del jardín.

—Sabes que es muy fácil –contestaba el señor Ahmed– pero los choques eléctricos en Faluya han inmovilizado mi espalda.

—Lo sé padre, ya veré qué hago para que alguien te ayude, pero recuerda que por nada del mundo debes dejar que alguien vea lo que tengo enterrado allí.

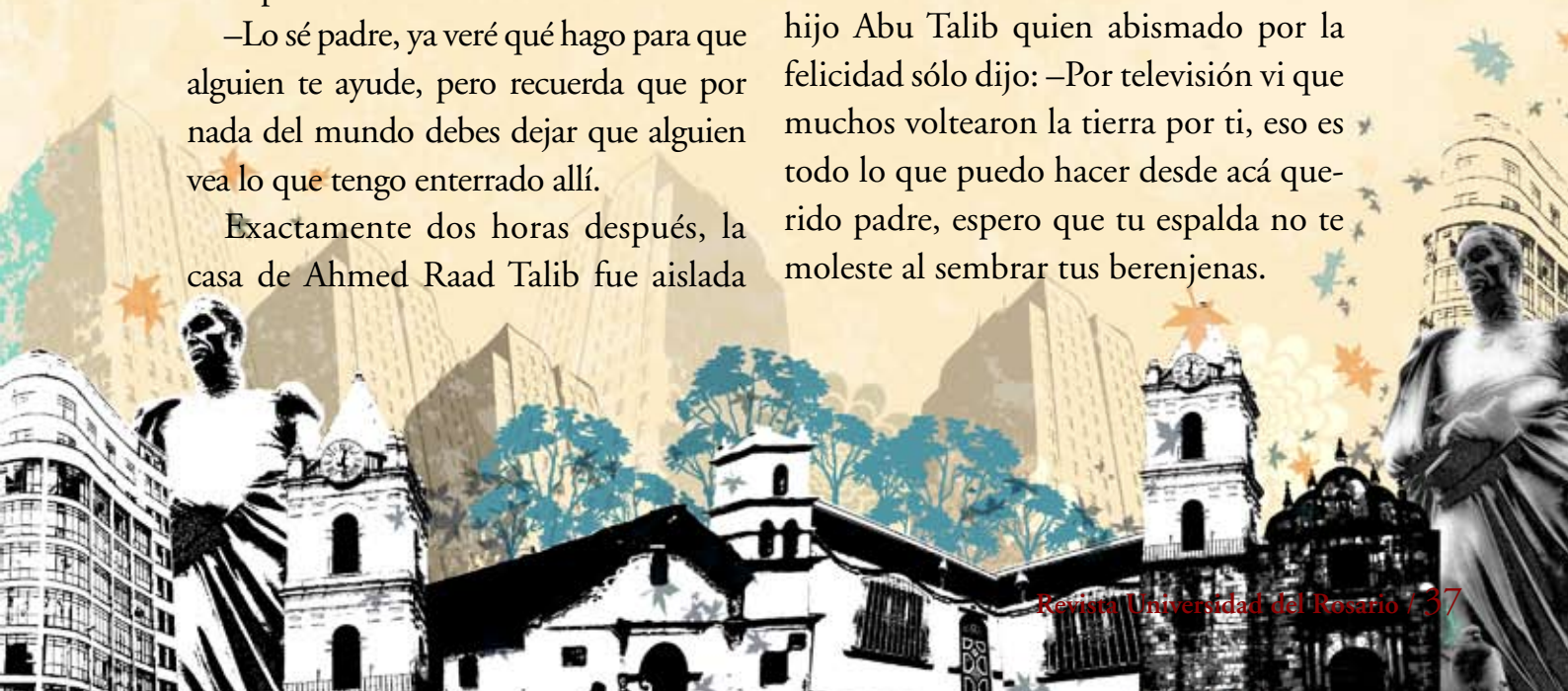
Exactamente dos horas después, la casa de Ahmed Raad Talib fue aislada



de las demás con la cinta amarilla de acordonamiento policial; todo tipo de cuerpos de seguridad, tanto nacionales como los internacionales, registraba la zona del jardín, la escudriñaron de abajo hacia arriba y viceversa, pero no encontraron nada.

Con tanto ajetreo, la tranquilidad del señor Ahmed era impresionante, ni siquiera lo había inmutado el abuso de voltear su casa entera y el jardín. Las agencias de noticias registraron una crisis comparable a la del 62 por el temor de una catástrofe con armas biológicas, y el señor Ahmed permanecía incólume al asunto.

Poco después, cuando todo se calmó, se escuchó el sonido del teléfono, era su hijo Abu Talib quien abismado por la felicidad sólo dijo: –Por televisión vi que muchos voltearon la tierra por ti, eso es todo lo que puedo hacer desde acá querido padre, espero que tu espalda no te moleste al sembrar tus berenjenas.



—Gracias hijo y que Alá, el clemente y misericordioso, te bendiga por eso.

Jorge Amado

El busto

En el lugar donde vivo hay un busto mío que a veces desaparece. Dicen que mis amigos lo roban cuando se van de farra como hicieron los amigos de Quincas con Quincas cuando murió. Llevan el busto para que yo participe en las fiestas. Yo soy un hombre ya de cierta edad y quizá no debería participar en estas cosas, pero si me llevan, yo no puedo impedirlo.

Fernando Pessoa

Viajar (Extracto)

La vida es un viaje experimental, hecho involuntariamente. Es un viaje del espíritu a través de la materia y, como es el espíritu quien viaja, es en él donde se vive. Hay, por eso, almas contemplativas que han vivido más intensa, más extensa, más tumultuosamente que otras que han vivido externas. El resultado lo es todo. Lo que se ha sentido ha sido lo que se ha vivido. Uno se recoge de un sueño como de un trabajo visible.

Nunca se ha vivido tanto como cuando se ha pensado mucho.

Quien está en el rincón de la sala baila con todos los bailarines. Lo ve todo y, porque lo ve todo, lo vive todo. Como todo, en sùmula y ultimidad, es una sensación nuestra, tanto vale el contacto con un cuerpo como su visión o, incluso, su simple recuerdo. Bailo, pues, cuando veo bailar. Digo, como el poeta inglés, al narrar que contemplaba, tumbado en la hierba, a tres segadores: “Un cuarto está segando, y ése soy yo”.

Viene todo esto, que va dicho como va sentido, a propósito del gran cansancio, aparentemente sin causa, que ha descendido hoy súbitamente sobre mí. Estoy, no sólo cansado, sino amargado, y la amargura es también desconocida. Estoy, tan angustiado, al borde del llanto —no de lágrimas que se lloran, sino que se reprimen, lágrimas de una enfermedad del alma que no de un dolor sensible.

¡Tanto he vivido sin haber vivido!
¡Tanto he pensado sin haber pensado!
Pesán sobre mí mundos de violencias paradas, de aventuras tenidas sin movimiento. Estoy harto de lo que nunca he tenido ni tendré, tedioso de dioses por existir. Llevo conmigo las heridas de todas las batallas

que he evitado. Mi cuerpo muscular está molido del esfuerzo que no he pensado en hacer...

Empañado, mudo, nulo... el cielo alto es el de un verano muerto, imperfecto. Lo miro como si no estuviese allí. Duermo lo que pienso, estoy echado andando, sufro sin sentir. Mi gran nostalgia lo es de nada, es nada, como el cielo alto que no veo, y que estoy mirando impersonalmente (...).

Zhuang Zi

El arte de matar dragones

Zhu Pingman fue a Zhili Yi para aprender a matar dragones. Estudió tres años y gastó casi toda su fortuna hasta conocer a fondo la materia.

Pero había tan pocos dragones que Zhu no encontró dónde practicar su arte.

Nathaly Jiménez Reinales

Estado somnoliento

... A las 22h00 ya los niños dormían, yo estaba en la ventana viendo cómo comenzaba a oscurecer, sintiéndome feliz de ver el sol aún a esa hora vefectos del verano. Salí de allí a las 23h30 y tomé el metro de vuelta, a esa hora ya no hay tanta gente, así que no había posibilidad de desesperarme por el olor.

Sentada en el metro, comencé a recordar el por qué de mi preocupación, mi mamá me había llamado en la mañana para decirme que había perdido el trabajo, que mi papá no aparecía y que mi hermano había comenzado a fumar. Sin embargo, más allá de esas circunstancias lo que realmente me causó preocupación fueron sus últimas palabras: "tú eres nuestra fuerza". No me salió ni una sola palabra cuando me dijo eso. Sólo pensé que mi fuerza cada vez se debilita aquí y que debía hacer algo para no permitir que la debilidad se extendiera. Mientras pensaba en eso, una muchacha sentada al frente mío, hablaba por celular y de repente pronunció unas

palabras que no he podido dejar de repetir: “Estoy tan lejos de lo mío y tan cerca de lo que soy”, lo dijo en español, tal vez por eso las sentí tan mías. Salí del metro repitiendo esa frase una y otra vez, pensando si es así como me siento y llegué a la conclusión de que aquí, yo estoy más cerca de lo que soy, porque me siento diferente. Y sentirme diferente me hace fuerte.

Faltaban unos metros para llegar al *deux pièces* donde vivo, cuando dos personajes — aparentemente árabes—, salieron de uno de los restaurantes que hay en la misma calle por la que yo caminaba, se pararon frente a mí para impedirme pasar y por primera vez, aun estando sola, no sentí miedo, empujé a uno de ellos tan fuertemente que logré pasar y entrar a la puerta principal del edificio donde habito.

Me dispuse a subir los siete pisos rápidamente, pero estando en el cuarto no pude evitar detenerme al ver a uno de los ancianos japoneses salir del baño colectivo desnudo. Ya no supe cómo reaccionar, pero creo que mi cara ha comenzado a generar gestos de desagrado permanentes. Continué subiendo y llegué al séptimo piso, el humo del cigarrillo del vecino ya había comenzado a extenderse otra vez.

Entré.

Allí estaba Lucie, mi coloc —persona con la que comparto el *deux pièces*—, sentada en la misma posición de todas las noches, con su taza de té en las manos, mirando hacia un punto que aún no logro descifrar. La saludé, le conté la historia de los “aparentemente árabes” y dejé que siguiera en su manifestación de estado somnoliento.

Entré al baño, me miré en el espejo, me vi más gorda _como todos los días_ y maldije la pasta y el pan de chocolate que no puedo dejar de comer, uno porque es lo más rápido que se puede cocinar y el otro porque es muy rico. En fin, me quité los zapatos y ahí estaba el olor insistiendo en permanecer, pensé: es psicológico, mañana ya no lo voy a sentir, saqué los zapatos por la ventana y los dejé afuera para que se ventilaran —ojalá pudiera hacer lo mismo con mi cabeza.

Es la 1h30 de la mañana, y he decidido contarle a mi obsoleto computador cómo estuvo mi día, mientras un estado somnoliento me atrapa cada vez en medio de una inevitable fatalidad y al mismo tiempo me colma de motivos para clamar por la conciencia de lo que no se puede ser, de lo que no se quiere ser, de lo que se es estando lejos.